

## EL GEOISMO EN EL CONTEXTO DE LA POLITICA INTERNACIONAL

La política consciente de toda sociedad es un intento para resolver la problemática que ella confronta, y la proyección de unas metas autoimpuestas.

Para definir y dar forma a su política, la sociedad depende de cuadros de hombres, que ella misma prepara. Hombres, cuya formación académica o práctica les hace adecuados para contestar al reto de dicha situación. A medida que la problemática social y sus propias necesidades se complican y se extienden, la sociedad crea más y nuevos medios para encauzar esta preparación dotando a sus hombres de conocimientos que se estiman más idóneos.

Citemos, como ejemplo, algo que ha ocurrido a lo largo de los tiempos. Encontramos la gran necesidad de planificar las ciudades cuando éstas, a pesar de haber crecido espontáneamente en sus orígenes, empiezan a acusar los efectos de las fuertes densidades demográficas, lo que genera la necesidad de infraestructuras adecuadas: Servicios, abastecimientos, sistemas de transporte, etc...

Para solucionar la compleja organización infraestructural de las grandes ciudades recurrimos a urbanistas, arquitectos, ingenieros, expertos en la planificación de tráfico y muchos otros especialistas. Este procedimiento se estima hoy indiscutible, y toda nación que pretende resolver sus problemas urbanísticos trata de formar urbanistas, como generalistas y coordinadores de equipos técnicos, adecuadamente preparados para desempeñar esas tareas indispensables.

Igualmente, citando otro ejemplo, hoy se considera fundamental que las actividades industriales y comerciales de un país necesitan del estudio y planificación de equipos multidisciplinarios, compuestos por geógrafos, economistas, sociólogos, etc., bajo la dirección de mentes coordinadoras preparadas.

Muchas de las disciplinas que hoy manejamos, algunas de las cuales hemos mencionado en los dos ejemplos anteriores, no existían como tales disciplinas hace algunas décadas, aunque hoy se integran plena-

mente, y por derecho propio, en la mayoría de los centros pedagógicos importantes del mundo, en los países desarrollados.

Del mismo modo, por las particulares circunstancias de la actual situación humana, surge la necesidad de la institucionalización de unas nuevas ciencias como son las que recientemente he propuesto a nivel internacional: Geoísmo y Cosmoísmo. La primera se define como «la planificación ecuménica y generalística del Geos», la Tierra, mientras que la segunda pretende «el conocimiento y aprovechamiento humano del Cosmos».

Ambas necesidades surgen por el vacío que existe en el estudio y el enfoque del desarrollo de las sociedades humanas actuales, cuyas acciones han provocado, y siguen provocando, una problemática que escapa del necesario y suficiente control por el hombre, pues sus estructuras políticas se han quedado desfasadas. Si se desea que sus organizaciones sociopolíticas tengan un futuro positivo, si se desea sobrevivir, es preciso reestructurar nuestro saber, de tal modo que una respuesta adecuada sea factible.

Sabemos que existen comunes problemas importantes de alcance global, e intuimos las grandes posibilidades latentes en una unificación de metas, que coordinarían las energías de todas las diferentes sociedades o naciones de hoy; pero carecemos de la posibilidad inmediata más elemental y básica para esa toma de conciencia que nos permita el estudio y la proyección de una acción lógica, adecuada a nuestras circunstancias.

No hemos empezado ni siquiera el estudio serio, sistemático y metódico de la problemática actual mundial, y mucho menos de las opciones que se presentan para los futuros escenarios y sus consecuencias.

Este estudio, enfoque y proyección es la materia de la nueva ciencia que llamamos Geoísmo. La respuesta sintetizante de la problemática del Geos, el planeta Tierra, y en función de su entorno cósmico, cuyo enfoque pretende el Cosmoísmo.

Hasta nuestros días, la fusión de todo grupo étnico en un cuerpo político dependía, en gran parte, en la coincidencia de determinadas características que formaban una base común de identificación: características de consanguinidad en unidades sociopolíticas primitivas, de raza, de religión, de ámbito geográfico en las más evolucionadas, etcétera. Pero, a medida que los intereses comunes se extendieron, esta «base» de coincidencias, como criterio unificador, se amplió.

Existen naciones formadas por grupos, racialmente heterogéneos, que confiesan diversas creencias religiosas y que habitan territorios extendidos de condiciones geográficas y climatológicas desiguales. Nor-

malmente esta ampliación del criterio base se debe a la envergadura de la problemática que confrontaba los grupos reducidos, que, para mejor dominar dicha situación, formaron agrupaciones mayores.

Todas las etapas de la evolución sociopolítica: familia, clan, tribu, progresando hacia los feudo-reinos, naciones y más recientemente agrupaciones de naciones son artificios que el ingenio del hombre ha impuesto como respuesta a unas dadas circunstancias. En mi personal opinión, y en según qué aspectos, el concepto «Nación» será, pues, desde el punto de vista histórico tan transitorio como fueron las otras entidades—clan-tribu-feudo-reino—, y será válido, solamente, mientras resuelva la problemática de su actualidad.

Hoy acostumbramos a trazar la fisonomía de la política mundial en términos simplificados. Dividimos este escenario en:

- El mundo occidental, «libre».
- El comunista, de planificación centralizada.
- Y el tercer mundo, que abarca todas aquellas naciones que, en vías de desarrollo, no quieren definirse, o bien que quieran mantenerse separadas de los dos primeros bloques, procurando una política independiente, en la medida que esto les es permitido y tolerado.

Dentro de este cuadro generalizado existen muchas subdivisiones en cada uno de los tres grupos. Ninguno de ellos se presenta dueño de una política clara, coherente y unificada, incluso aunque se trate de la contemplación un campo restringido o de un aspecto sectorial.

Las fuerzas motrices que impulsan la política de cada fragmento de estos tres grupos, que se definen como naciones, están asentadas, por regla general y de forma principal, sobre una visión raquítica y limitada, especialmente dirigida hacia la protección o el avance de intereses meramente privativos, muchas veces en detrimento no esencialmente competitivo de los intereses de otras naciones, o en perjuicio de un bien común más amplio, lo que, en definitiva, se vuelve contra ellas mismas.

Esta actitud, a primer golpe de vista, parece racional y lógica, y así lo fue cuando en desarrollo a escala nacional aportaba más resultados favorables que desfavorables al género humano. Esta fase se ha quedado relegada a la historia por la velocidad de los cambios, que han sido tan acusados que no hemos tenido ni tiempo para reestructurar nuestros patrones sociopolíticos, frente a la nueva situación en la que el hombre se encuentra.

Un examen, aun superficial, de la situación actual evidencia que la fragmentación política del mundo en unidades nacionales está sobre el tapete. Su funcionalidad y su justificación están más que en duda. Esta va a ser una etapa a superar.

La conclusión es fácilmente apreciada si observamos los acontecimientos políticos de nuestro pasado reciente, y todavía más contemplando la actual situación humana.

En un mundo que políticamente se divide en más de 150 naciones, se admite ya mundialmente la existencia de grandes bloques: el Este, el Oeste y el Tercer Mundo. Este hecho demuestra palpablemente la existencia de fuerzas insoslayables que no sólo inducen, sino obligan, a las naciones hacia la búsqueda de identidades supranacionales.

¿Cuáles son estas fuerzas? En primer lugar la real existencia de una civilización global actual; el desarrollo de los nuevos sistemas de comunicaciones; la interrelación y la interdependencia política, social, comercial, etc.; que son rasgos irrefutables de esta nueva civilización, que aunque existe de hecho de forma indiscutible, todavía no se reconoce públicamente como tal unidad, por las divergencias ideológicas que hoy imperan. Un acontecimiento que hace un siglo podía considerarse un asunto político, de cariz puramente nacional o de interés para dos naciones, hoy llega a tener casi siempre repercusiones mundiales. Esta civilización global, por el mero hecho de existir como tal, plantea una problemática a escala mundial absolutamente ecuménica. Queda patente, pues, el desfase que existe entre nuestro desarrollo técnico científico y nuestras organizaciones socioeconómicas y políticas.

La segunda fuerza es la aceleración en la velocidad de cambio, factor que ha aumentado su ritmo de un modo insospechable. Ha llegado el momento que todo fenómeno, sea en beneficio o en detrimento de la humanidad, se mundializa. A este respecto cabe matizar que, por regla general, los bienes que se producen son relativamente lentos y costosos para ser generalizados, mientras que los males se propagan más espontáneamente. Los beneficios de las técnicas de medicina preventiva, por ejemplo, llevan su tiempo y necesitan una labor apreciable para llegar a ser efectivos a escala mundial, mientras que la contaminación que resulta de una explosión nuclear se sujeta difícilmente y se manifiesta en los lugares más alejados del planeta, aunque tratemos de evitarlo.

Por primera vez en la historia este ritmo de cambio, provocado por la acción del hombre, ejerce sobre su entorno un efecto amenazador, asumiendo un papel predominante en la propia evolución del hombre.

El hombre tecnocéntrico es más bien víctima que beneficiario de sus propios conocimientos, y continuará siéndolo hasta que sea capaz de desarrollar un equipo sociopolítico adecuado, en escala idónea a este reto.

Hasta los principios de la época moderna el avance técnico científico ofreció al hombre los medios para suavizar los aspectos más rigurosos de su hábitat más inmediato, proporcionándole seguridad contra otros grupos y contra los elementos e incertidumbres de clima y de geografía; también, entre otras cosas, movilidad, salud, comodidad y la promesa de una abundancia mundializada.

Por falta de un adecuado control, estos avances amenazan hoy la integridad del hombre en casi todos aquellos campos; su seguridad es precaria frente a la constante amenaza de guerras totales; el colapso de sus estructuras sociopolíticas es amenazador; la violencia se acrecienta a todos los niveles, y se evidencia más y más la propia desconfianza del género humano. Su seguridad contra los elementos es de nuevo vulnerable por la masiva degradación del medio ambiente, la polución de aire, aguas y tierras, que ponen en peligro el biotopo en que nos desarrollamos. Su movilidad es puesta en entredicho por la perspectiva del desmoronamiento de sus sistemas energéticos, por la escasez acuciante de los recursos naturales o por su alto coste, y por el deterioro de los medios básicos: tierra, agua y aire.

La búsqueda de abundancia y comodidades para nuestra especie se ve atacada por dos vertientes: por un lado el incremento desenfrenado de la población mundial y el consumo en masa, y por otro, el aumento de los niveles de consumo *per capita*. Aunque todo ello puede tener remedio.

Hoy, en las últimas décadas del siglo veinte, a pesar del enorme avance de nuestra civilización técnico-científica, algunas de nuestras mayores naciones confrontan el problema básico de la malnutrición del hombre y la inanición. Millones de seres humanos están destinados a esta suerte.

De todo esto, fácil es deducir que la problemática mundial no es un asunto limitado a las jurisdicciones de varias naciones, pues su alcance y su complejidad sobrepasa este concepto y hace patente que nuestras estructuras sociopolíticas han envejecido y han quedado insuficientes. Estamos viviendo en una época en la que la búsqueda hacia unas nuevas situaciones humanas es palpable. Necesitamos unas estructuras más acordes con nuestras circunstancias.

Así lo evidencian, aunque aún tímidamente las agrupaciones de naciones, los acuerdos y pactos multinacionales y la existencia voluntaria de organismos, tal como las Naciones Unidas y otros tipos de instituciones.

La temática mundial a que nos referimos nos plantea un reto, cuyos aspectos más fácilmente apreciables pueden resumirse en lo siguiente:

- La amenaza de una guerra total, o la desintegración de nuestras estructuras sociopolíticas por guerras de desgaste, por la violencia y la desconfianza intestina.
- La inadecuación de nuestras estructuras sociopolíticas.
- Nuestra actual y deficiente trama legislativa, a nivel telúrico y cósmico.
- La explosión demográfica descontrolada.
- La escasez de recursos naturales en la alimentación, en los campos energéticos, en elementos básicos, en materias primas, etcétera..., con sus naturales efectos económicos, entre otros.
- La degradación del medio ambiente: del biotopo.
- El deterioro espiritual humano.

Para responder a este reto es menester un Gobierno coherente, unificado y totalmente identificado en su lucha contra esta problemática. Un Gobierno investido de la necesaria autoridad, que se encuentre respaldado por todos los recursos espirituales, intelectuales y materiales del género humano, pues se trata de eliminar la amenaza a la seguridad del hombre y a la continuidad de su civilización.

Conjugando esta necesidad defensiva surgen las inmensas posibilidades de una evolución positiva, basada en la mutua colaboración, en beneficio de la humanidad, que de esa nueva cooperación global obtenga los insospechables frutos que deseamos y necesitamos.

En base a una praxis de la que no podemos prescindir tenemos que admitir, hoy por hoy, aunque no lo olvidemos como «ideal inevitable», que el planteamiento de un Gobierno mundial, para los temas de alcance mundial, tiene evidentes obstáculos: la existencia de ideologías y de criterios localistas, fuertemente establecidos, opuestos entre sí, y ciegamente defendidos en los momentos actuales, incluso en flagrante contraposición con momentos históricos más lúcidos, como son el caso de España y otras naciones que, de repente, parecen haber perdido sus vocaciones ecumenistas. También la inercia negativa, que se ha acumulado a través de la historia, por las palpables injusticias, los abusos y atropellos de poder, etc...

Las barreras más importantes a vencer, no obstante, son dos:

- Por un lado, la desconfianza entre los dos grandes bloques que intentan, más o menos abiertamente u ocultamente, dominar para sí el globo, y la no menor desconfianza del Tercer Mundo al sentirse, en gran parte con razón, víctima de injustificables abusos.
- Por otro lado, la gran brecha que divide los países ricos de los pobres, cuyo desequilibrio, referido principalmente a niveles económicos, va en aumento día a día.

El primer obstáculo —la desconfianza— tiene que solucionarse a medida que la gravedad y peligrosidad de la problemática mundial sea reconocida. Por contra, el segundo obstáculo, las grandes diferencias económicas entre los países ricos y pobres, solamente puede resolverse con una auténtica toma de conciencia y un reajuste radical en la administración de los bienes mundiales. Este reajuste, especialmente en sus fases iniciales, significaría un trasvase sustancial de resultados, con el fin de impulsar un desarrollo acelerado en el Tercer Mundo, para lograr un nivel de vida suficientemente elevado, y para eliminar los extremos de pobreza que hoy son la norma. Es necesario establecer unos límites mínimos y máximos para la distribución de la riqueza, y de esa manera evitar correcciones naturales más peligrosas, y que por otro lado serían inevitables.

Las recompensas que esta política traería a las naciones de rentas elevadas serían: la mayor probabilidad de un escenario mundial ordenado y de una evolución socioeconómica continua, aunque su ritmo aparente quedaría más controlado, y una transposición de valores fundamentales, lo que permitiría que la calidad, en el hombre, recuperase la importancia usurpada por criterios cuantitativos; también la mera, simple e injustificada acumulación de riquezas y el incremento del consumo banal, criterios que han logrado casi dominar la ambición de este sector humano.

Los beneficios para los países no ricos y pobres serían más tangibles, pues se trata de vencer la lucha contra el hambre, la extrema pobreza, a veces miseria, la inseguridad de vida y de salud. Resumiendo, se trata de la conquista de un nivel de vida suficiente para todos, correspondiente a la dignidad del ser humano.

Este planteamiento necesariamente impondría sacrificios en ambos sectores. Sacrificios de bienes y de poderes, especialmente desde el punto de vista limitado a lo «nacional». Creemos que los intereses

de una justicia y una ética, que deben trascender las estrechas ambiciones de una y otra nación, debe imponerse.

Mientras tanto, es necesario ir arbitrando soluciones transitorias que nos permitan pasar lo más fácilmente posible de un estadio a otro. Y sobre todo, cuando una nueva legislación internacional—de nuevo cuño— a nivel geoístico y cosmoístico, nos permita el adecuado tránsito. Un nuevo concepto del Derecho internacional tiene que aparecer.

El camino que hemos indicado para la política internacional, que en nuestra opinión parece inevitable, requiere una cuidadosa y adecuada preparación, que necesariamente partirá de un estudio profundo de la problemática mundial en toda su amplitud y complejidad. Este estudio continuo de la situación humana en el contexto global, con respecto al hábitat y al biotopo, es el tema base de la nueva ciencia—el Geoísmo—que inicia su actuación en el escenario mundial, de forma tentativa, según mi propuesta.

Todavía, y aunque pueda parecer sorprendente, y a pesar de las presiones ejercidas por varios aspectos de la problemática mundial que hemos esbozado, no existen esfuerzos concretamente dirigidos hacia el estudio y el análisis de dicha temática. Por supuesto, no cabe esperar que de una situación tan falta de método surjan planteamientos filosóficos y políticos adecuados, a escala necesaria, para combatir los riesgos y peligros que ya amenazan gravemente el futuro de la Humanidad.

Las metas que han de gobernar el geoísmo a nivel de hábitat mundial y biotopo universal han de ser:

- La óptima supervivencia de la Humanidad.
- La más alta realización espiritual y física del hombre.
- El establecimiento de una perfectible relación armoniosa entre el desarrollo humano y su entorno: el equilibrio ecológico.
- La ampliación de las posibles posibilidades para el desarrollo de una civilización ecuménica más idónea, y las consecuentes implicaciones que de ello se deriven.

Naturalmente, estas metas son idealizadas, como toda meta debe ser, si es que quiere cosechar frutos reales.

Pero su justificación es lógica y necesaria dentro del cuadro de las nuevas circunstancias del mundo actual.

La conquista de los derechos del individuo, que hoy es plena e indiscutiblemente aceptado por lo menos a nivel teórico, nos conduce



hacia el reconocimiento del siguiente paso lógico: los individuos, grupos y pueblos del planeta componen una comunidad que debe ser justa y equilibrada, tanto en el cumplimiento de sus deberes y obligaciones como en sus aspiraciones a sus derechos.

Recordemos que a pesar de los extraordinarios adelantos del hombre en los campos técnico y científico, sus propias limitaciones y las de su entorno son cada día más significativos. Los recursos naturales del planeta, materiales y no materiales, deben ser puestos al servicio de la comunidad global del presente y del futuro. Como consecuencia, los derechos y las responsabilidades respecto al entorno o hábitat humano son de naturaleza global, sin posibilidad de admitir exclusiones.

La validez de este razonamiento depende en su justificación como una aportación al «bien común» para todos los componentes de la comunidad mundial. En otras circunstancias este postulado sería criticable, puesto que todavía no tenemos una concepción nítida de lo que puede constituir una «comunidad moral» que podía proclamar el bien común. Pero existe una meta innegable que es la supervivencia, y opinamos que esta meta es válida para todos los miembros componentes de la comunidad global. Este hecho crea *per se* la necesaria «comunidad moral». Y hoy la crisis global trata de la supervivencia.

El Geoísmo se basará sobre principios humanísticos y se extenderá su influencia para abarcar el estudio del entorno físico y espiritual del hombre. Las disciplinas que formarán la ciencia Geoísmo tendrán como finalidad la formación de Geoístas, cuya misión será la de aclarar, con la ayuda de modelos formales y de equipos especialistas, las compatibilidades y las opciones de metas y medios, actuando de este modo como instrucciones e instrumentos para las decisiones políticas. El Geoísmo será la herramienta de trabajo fundamental para la planificación racional y humanística de todo planteamiento territorial del planeta, que no puede desintegrarse de una unidad total superior.

La institucionalización de esta ciencia será uno de los primeros pasos hacia la toma de conciencia de la mencionada «comunidad moral» global, puesto que las directrices de esa ciencia se basan sobre esta premisa, y todas las materias que intervengan serán estudiadas desde el punto de vista de tal comunidad mundial.

La existencia de cuadros de técnicos generalistas preparados para apreciar y resolver temas de vital importancia para el planeta, y para la humanidad en general, será un medio eficaz e imprescindible para

lograr la unificación de la política internacional, y así fortalecida por una identificación de criterios, poder confrontar el reto al futuro que nos es común.

La política internacional hoy está dominada por una filosofía egocéntrica, víctima de desconfianzas y de ambiciones inmediatas. Desgraciadamente no existe evidencia de la adecuada apreciación de la situación tan crítica que atravesamos, y que hemos pretendido denunciar con toda claridad.

La mayor parte de los políticos parecen desconocer, o desentenderse, de los grandes aspectos globales de nuestra confrontación. Sus equipos consejeros, el entrenamiento de estos equipos e incluso la orientación psicológica de los grupos nacionales están sometidas a evidentes deformaciones. El Geoísmo será uno de los medios para poder encaminar el rumbo con mayor acierto.

Conjuntamente también es inevitable ordenar y formalizar nuestros conocimientos del Cosmo, institucionalizando la ciencia Cosmoísmo. El Cosmos representa para la humanidad de hoy lo que el nuevo mundo pudo suponer para Europa en la época de las grandes descubiertas.

Debemos beneficiarnos de este modo de las repetidas lecciones que nos ofrece la historia y obtener consecuencias provechosas. Ya parece llegado el momento de superar el hecho de que el hombre siempre ha seguido un proceso de evolución caótica y desordenada, aprovechándose de todos los recursos que estaban a su alcance, en la manera que le parecía más provechosa para el momento, sin miramientos hacia las metas que podían interesarle, ni los daños que este uso, o abuso, podía traerle.

No trató de racionalizar su relación con su entorno ni de estudiar y planificar su acción sobre él. Ese entorno hoy se adentra, incluso, en el Cosmos. La historia nos demuestra que un uso más metódico y concienzudo de muchos de los recursos que hoy empiezan a escasear podía haber producido incalculables ventajas para la humanidad. Por ejemplo, hoy tenemos ya muy serias dudas respecto al proyecto que hemos obtenido quemando los productos energéticos en el modo que, hasta ahora, venimos empleando éstos. Nos ha faltado la necesaria filosofía, visión y control.

Como resultado hemos de buscar, contra el reloj, otros sistemas energéticos o procedimientos en su sustitución, frente a la escasez y escalada de costos que nos empuja, en gran medida, hacia una situación crítica.

## EL GEOÍSMO EN EL CONTEXTO DE LA POLÍTICA INTERNACIONAL

No debemos correr el mismo camino tratando de las inmensas posibilidades que el Cosmos reserva para el hombre. La explotación del Cosmos por el hombre debe ser consecuente a su postura universalista tal como viene abogado por el Gobierno y debe ser puesto al servicio de la comunidad global.

Las circunstancias y hechos que venimos esbozando, producto de una marcha inconsciente de la política internacional, derivada de un progreso técnico-científico que no obedece a ningún concepto planificador, y de un conservadurismo socio-político ciego, que no responde a la realidad, necesariamente impondrán nuevos conceptos generalísticos de orden supranacional. Conceptos que las ciencias Geoísmo y Cosmoísmo intentan anticipar y encauzar y que abarcan todo el campo de la actividad del hombre dentro del ámbito de esta civilización global. Esta actividad incluye, naturalmente, la prospección y explotación del espacio cósmico cuyo potencial para el desarrollo de las futuras etapas de esta civilización es incalculable, y cuya influencia en el sistema ecológico mundial puede ser de inestimables magnitudes.

Este enfoque traza la más importante y ambiciosa meta para la política internacional de nuestra presente situación humana, que nos emplaza en el umbral de una nueva etapa en la historia del hombre, a la cual tenemos que llegar con nuevos medios e instrumentos, pues los que hasta ahora llevábamos y utilizábamos han dejado de servirnos, y comienzan a ser históricos.

ANTONIO LAMELA MARTINEZ

